Las guerras civiles

Washington Lockhart



Las guerras civiles

Washington Lockhart



"Mientras se cambiaban los frentes de las líneas, y aún después de haberse cambiado, el general Aparicio, seguido de sus ayudantes y a todo galope, recorrió el ejército de un extremo al otro, dando órdenes a todos los jefes y proclamando a sus huestes, que le respondían entusiasmadas dando vivas estruendosos. En seguida de haber recorrido la línea y en vista de que el enemigo no se movía de sus posiciones, determinó llevarle el ataque con su ejército.

Eran las 11 de la mañana cuando se oyó a su clarín de órdenes que tocaba "Carga General", y "Carga General" repitieron como un eco a derecha e izquierda todos los clarines de los batallones de infantería y las divisiones de caballería.

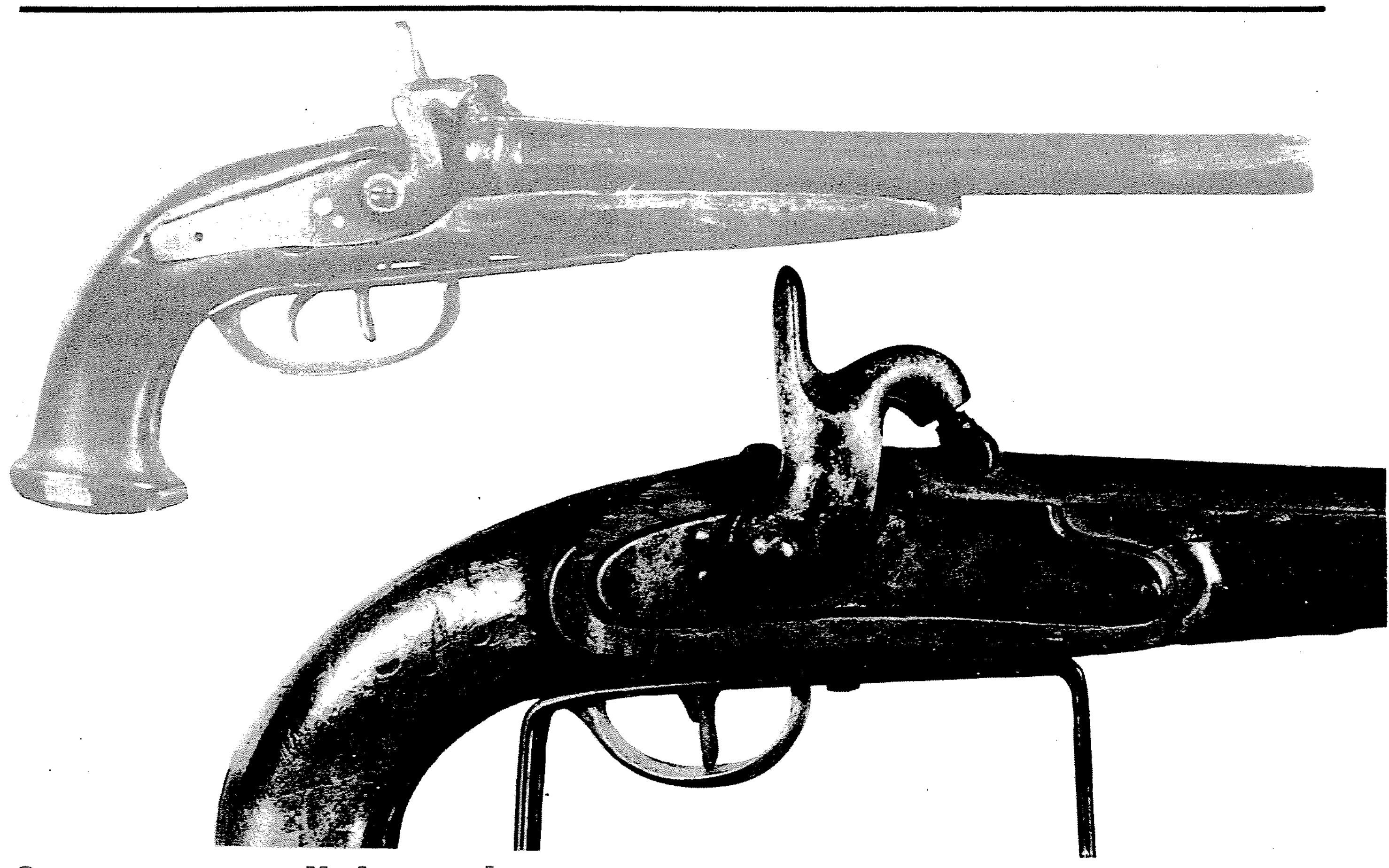
Inmediatamente dejáronse oír los entusiastas y armoniosos acordes del Himno Nacional por aquella banda de música que se pasara en el sitio de Montevideo, y se vio poner en marcha a toda la línea a banderas desplegadas.

Al poco rato adelantáronse las caballerías de los costados y emprendiendo la marcha al galope, leváronle al enemigo, que esperó firme el ataque, una impetuosa carga por los flancos derecho e izquierdo, y hasta por retaguardia.

Arreció el fuego de cañón; las guerrillas gubernistas fueron completamente deshechas al empuje de las caballerías que atacaban, muriendo unos y dispersándose el resto; y las dos alas de la línea quedaron envueltas completamente y derrotadas, refugiándose parte de ellas en los tres cuadros dobles que en seguida formó el general Suárez con las infanterías, y huyendo la otra parte en distintas direcciones".

Abdón Arózteguy:

"La Revolución Oriental de 1870". (Cap. XI: "Batalla del Sauce").



Causas y condicionamientos de las guerras civiles

Al finalizar la llamada Guerra Grande, con una paz debida tanto al cálculo ajeno como al agotamiento propio, era fácil prever que no tardarían en producirse nuevos estallidos de violencia. Sobraban los motivos, tanto como los interesados en utilizarlos, y faltaban, o eran deleznables, los factores de moderación. Mencionemos a grandes rasgos los primeros:

1º La influencia del Brasil, la tutela y el control económico y político que ejercía de acuerdo a los tratados del 51, así como los propósitos anexionistas que siguió evidenciando durante dos décadas, propiciando toda clase de movimientos contra los gobiernos no adictos, introduciendo incluso tropas, a pedido del gobierno como en 1854, o a pedido de los revolucionarios como en 1864, ambas veces reclamadas por Venancio Flores.

2º La apetencia argentina, que pareció disminuir al caer Rosas en el 52, pero que reapareció con Mitre, eventual aliado del Brasil contra los núcleos reacios de Paraguay y Uruguay, y fomentador, primero vergonzante, luego abierto, de la revolución de Flores en el 63.

3º Los intereses de Inglaterra, afanosa por fabricarnos una independencia, o neo-coloniaje, a su sabor y provecho.

4º La oposición entre blancos y colorados, exacerbada por las reparticiones de tierras consumadas alternadamente por Rivera y Oribe, convirtiendo las tierras del Estado, entonces abundantes, en presa tan apetitosa como disputable.

5º Los intereses de los terratenientes poderosos (muchos de ellos brasileños, dueños exactamente de la cuarta parte del territorio nacional), quienes se enriquecían con la venta de ganado a los saladeros de Río Grande y pugnaban por situaciones propicias a una desunión que les convenía, cuando no a la unión con un Río Grande de indeclinable intención separatista.

6º Junto, o cerca de ellos, los círculos oligárquicos de la gran burguesía comercial de Montevideo, sosteniendo con su dinero y promoviendo con la distribución parcial de privilegios, los movimientos que podían favorecerlos de algún modo.

7º Finalmente, frente a ellos aunque a veces aliados con ellos, los poderes post-feudales, aunque aún pre-capitalistas, de los caudillos, capitalizando, más que el producido de un campo previo a toda tecnificación, la insatisfacción y el destino incumplido del gaucho.

El campo, visto desde la ciudad como la "barbarie", o según otros, como la "reacción", seguirá desarrollando su propia manera de ser, en medio de fuerzas tan poderosas y encontradas, a modo de factor irracional, con fuertes ingredientes emocionales, irreductible aún a meras explicaciones económicas, como aquel coraje que no era —decía Martínez Estrada— sino un miedo difuso a ser aniquilado por el vacío físico y humano que imperaba en torno, por la amenaza latente que suponía nuestra indeterminación nacional, por la inestabilidad crónica, desde 1810 de nuestros órdenes legales, castigándose hoy lo que se premiaba ayer, un coraje que no era entonces sino miedo acorralado, la embestida de quien no encuentra otra salida, impulsado además por un sentido de

la libertad nacido del horizonte abierto y la carne abundante, facilidades que permitían salir a pelear sin renunciar al sustento ni a los modos habituales de moverse y conducirse. La ciudad —es decir el orden, el interés mezquino y docto— era el enemigo natural, el bastión del extranjero y de sus personeros, aunque, a través de sus caudillos el campo se pusiera más de una vez incautamente a su servicio.

Eran muy débiles por otra parte los factores de moderación:

1º No existía prácticamente la válvula de escape del sufragio, negado a los analfabetos, a los asalariados, a los peones y soldados, al 95 % de la población, aquellos escasos ochenta mil orientales de 1851. Estaba prohibido, además, el acceso de los militares al Parlamento.

2º No había, no podía haber, gobiernos fuertes; no se contaba para ello con fuerzas militares de tradición u organizadas. No pudo desarrollarse un militarismo que cimentara la unidad nacional. Se había peleado siempre de afuera hacia adentro, desde Purificación o el Hervidero. El servicio militar nunca pudo establecerse; se recurrió siempre a la remonta forzada de las levas y a una guardia cívica que apenas si dedicaba a ejercitarse algunos domingos de febrero.

3º No había clases sociales separadas de manera estable, ni divergencias esenciales en el estilo con que se vivía.

4º No existía casi el motivo de resistencia que supone una ocupación contractual sin sobresaltos. Cualquier conmoción podía así desarraigar a cualquier persona de un lugar al que no la unían intereses que no pudiera dejar de atender.

El panorama era, en conclusión, confuso e indeciso, vulnerado por fuerzas exteriores que trastornaban toda posible ordenación. No había ni intereses económicos asociados en forma definida, ni formas sociales estabilizadas. Los partidos no representaban clases, ni podían pensar en formular programas. El período 1851-1872 será en consecuencia de convulsiones continuas y contradictorias, determinadas las más de las veces por la represalia o la venganza, ya por Quinteros, ya por Paysandú. En aquella democracia enclenque y falseada por una Constitución antipopular, la revolución era así una salida casi normal, el medio más práctico, casi único viable, de conquistar el poder. No era que el oriental, como se dio en decir, fuera esencialmente belicoso. El gaucho, descripto por Darwin, por Berro, o por Hudson, era de trato fino y acogedor. Se hacía indispensable casi siempre la leva o caza del hombre para llenar los cuadros del ejército, del que desertaba cuando podía. Si había tanta pelea era porque todo conducía a ello, desde las influencias extranjeras hasta los sentimientos inempleados, de sociabilidad revenida, que el gaucho únicamente entonces podía desahogar. Y todo era en ese sentido facilidad, además del poderoso atractivo que suponía esa afirmación de sí proporcionada por la guerra. Eramos un país con las puertas abiertas de par en par, en donde toda intención bélica podía irrumpir y propagarse sin mayor resistencia. Como dice Hudson, un país "de virtudes y de crímenes", pero crímenes que eran expresión de una salud esencial, sin trabas para el surgimiento de las pasiones primordiales, prontas a manifestarse aún en los muchachos, cuyos juegos bélicos "a blancos y colorados" asombraran al viajero inglés por el muy real ardor con que a ellos se entregaban. Nuestro modo de pelear era en resumen nuestro modo de aprender a vivir, una anormalidad normal, impuesta por las circunstancias. Hablar de "causas" es por ende simpleza, aunque no sea imposible señalar, como ya lo hiciéramos, los condicionantes más visibles. No eran aquéllas, por lo demás, "revoluciones"; no se cambiaban sistemas o estructuras. Todo se



La memoria de Manuel Freire y César Díaz sacrificados en Quinteros: un aguijón siempre incitante para la emotividad colorada...

reducía en general a renovar el elenco de los que mandaban y a la barrida consiguiente de los adversarios, para volver, después, a hablar de olvido, de terminar con las divisas, de unión y de hermandad. La clase letrada, foco de estas erupciones idealistas, se daba así a inventar clubes, partidos y agrupaciones nuevas, la "Sociedad Amigos del País", la "Unión Liberal", el "Partido Nacional", el "Partido Constitucional", el "Club Radical". Pero blancos y colorados eran ya una referencia ineludible, hasta cuando se la usara con la intención expresa de renunciar a ella.

En los treinta y cinco años que van desde 1851 a 1886, se registraron en total 43 movimientos subversivos, así desglosables: 18 revoluciones, algunas de ellas fracasadas a poco de nacer, 9 motines y 16 conmociones o levantamientos de alcance restringido. Dichos movimientos se pueden agrupar dentro de tres períodos claramente delimitados :

1er. período (1853-1857): período de los motines en Montevideo, cerrado por Quinteros, aborto de revolución, iniciación en una práctica todavía inmatura.

2º período (1863-1872): pródigo en revoluciones, casi siempre victoriosas, abriéndose y cerrándose con dos que culminaron total o parcialmente: la de Venancio Flores y la de Timoteo Aparicio.

3er. período (1874-1886): período militarista, con movimientos, revoluciones o motines frustrados, preludiando la paz de diez años (1886-1896) que precede a las revoluciones de Saravia. Ofrecemos aparte una cronología y caracterización sumaria de todos esos movimientos.

Aunque no nos corresponde historiar aquí en detalle peripecias bélicas tan profusas, podemos, en cambio caracterizar sus rasgos principales.

LOS HERMANOS VALIENTE

La batalla de Coquimbo, primera victoria de Venancio Flores obtenida el 2 de junio de 1863 sobre la vanguardia del ejército de Servando Gómez mandada por Olid, dio lugar a varios incidentes y frases memorables. Fue allí que se oyó el vozarrón de Caraballo gritando "al que retroceda lo fusilo", así como el homérico consejo de Fausto Aguilar, "a sacarse los ponchos, que en el otro mundo no hace frío". Pero el episodio más destacable lo protagonizaron los hermanos Valiente, haciendo honor al apellido. Caído Juan Bautista de su cabalgadura cuando estaba ya rodeado de adversarios, Caraballo se apeó a su vez y le intimó la rendición; Valiente le tiró entonces un sablazo que hirió a su contrario en el pecho, por lo que el jefe colorado se le abalanzó y le partió el corazón de un faconazo. "En esos mismos instantes —cuenta Rómulo F. Rossi— se abrió cancha en el grupo, sableando a diestra y siniestra y sin hacer caso a las intimaciones de rendición, otro de los Valiente, Miguel, quien fue desmontado por certero tiro de bolas arrojado por el asistente del entonces capitán Simón Martínez y que al aprisionar los remos del caballo dejó en tierra a su jinete, que a poco caía traspasado por el empuje de la lanza del expresado Martínez. El otro de los Valiente, Ciriaco, sucumbió también peleando fieramente, sin querer rendirse". La nota final la dio un cuarto hermano, quien dijo al efectuarse tiempo después la triple inhumación en Porongos: "Los entierran a los tres porque no estábamos los cuatro".



. . . el mismo significado tuvo en filas blancas el bombardeo de Paysandú y el holocausto de Leandro Gómez y sus bravos.

Guerras chicas que siguieron a la Guerra Grande

El fin de la Guerra Grande (1843-1851) no significó sino un falaz equilibrio impuesto por los intereses de afuera, Urquiza y el Brasil, y el agotamiento físico y psicológico de adentro. Aunque el tratado del 8 de octubre hablaba de olvido y paz sin vencidos ni vencedores, la situación era virtualmente de fuerza y la revolución se empezó a incubar desde el primer día. No había base real para un gobierno estable, y se sucedían los golpes, los motines, los destierros, las intervenciones extranjeras y la dependencia cada vez mayor de un país, al parecer, impracticable. En vano se quiso arrumbar las divisas y se fundaron partidos como la "Sociedad Amigos del País" y el "Partido Conservador", con aquellos sectores ilustrados que desconfiaban de las fuerzas desatadas del caudillismo. Durante treinta años más, una serie de tentativas como las ya mencionadas sufrirán fracasos similares. "No se mencionen más esos partidos", declaraban legisladores de las dos divisas el día en que Giró subió al poder. Pero quien detentaba en realidad el poder era el Brasil, a quien se le concediera ingerencia leonina en lo político, militar y comercial, con la forzada anuencia de Urquiza, quien, a punto de enfrentar a Rosas, no podía darse el lujo de echarse encima un enemigo nuevo. En cuanto a las divisas, habrían de reaparecer cada vez que sonara la hora de la verdad, pues sólo bajo su amparo podían desencadenarse las violencias necesarias, aún aquellas concebidas en abstracto por las "uniones" urbanas o constitucionalistas.

El primero en mentar claramente la revolución fue el Ministro de Guerra César Díaz, uno de los héroes de Caseros, quien al poco tiempo amenazó con hacerla "para salvar la patria". Tres meses después se produjo el primer conato de motín en Paysandú, al negarse a ser disuelta la división de Servando Gómez, haciendo necesaria la presencia del sucesor de Díaz, Venancio Flores, quien disolvió sin lucha a los reacios. Pero fue a mediados del 53 que se espesaron los rumores de revolución, cuyo claro factotum fue el Brasil, ante las reticencias de Giró a cumplir con lo pactado. El 18 de julio, es el coronel León de Palleja quien, al frente del 2º de Cazadores, frustra los festejos del día baleando a la Guardia Nacional, a la cual no le quedó otro recurso que el desbande. Hubo sólo diez muertos en un golpe que se dio sobre seguro, con más gritos que tiros, previa gira de Melchor Pacheco y Obes por el interior, en donde adquirió la sana convicción de que "podía apelar a las armas", luego de las consabidas reuniones en la Legación del Brasil. Obligado a pactar entonces con Don Melchor, quien se le apareció en el Fuerte, pudo Giró prolongar su gestión al dar cabida a dos ministros colorados, pero el 24 de setiembre, ante las asonadas que se anunciaban, no encontró otra salida que asilarse en la Legación de Francia. Empezaba, o continuaba, de tal modo, un forcejeo de treinta años entre lo que podía considerarse autóctono —aquella vida auténtica de caudillos y divisas, en base a tradiciones y trabajos con arraigo nacional— y una burguesía más ciudadana que rural (aunque vinculada económicamente con el campo), cuya carta decisiva no podrá ser sino el poder de afuera, al principio y en primer lugar el del Brasil, en segundo lugar el de Buenos Aires y Entre Ríos, luego, desde el 61 al 70, la muy fuerte influencia del mitrismo, y desde el 70 la por entonces absorbente influencia del capitalismo inglés, al conceder empréstitos, exportar capitales, organizar servicios públicos y comprometerse en la economía de un país que se le ofrecía entonces en bandeja al bajo precio de la necesidad. Tales eran siempre las cartas decisivas, y no por cierto guardadas en la manga, sino exhibidas y pregonadas, a veces, como Flores en el 64, llegando a abrir las fronteras para que entraran siete mil soldados del imperio, y en tantas otras, recurriendo a fuerzas de desembarco a modo de coacción o protección, según los casos y las urgencias del momento. Al ejército del Brasil le resultaba en consecuencia más cómodo no apartarse jamás de la frontera especulando con vistas al particular provecho del Imperio. Los prohombres de Montevideo fueron creyendo así posible ir dejando de lado a los caudillos, sobre todo desde el 54, luego de que fuera sofocado el levantamiento de Dionisio Coronel, Diego Lamas, Olid, Lucas Moreno y otros, ayudados en este caso por Urquiza. Flores, vencido primero por Moreno, logró pronto dominar la situación sin casi combatir. Poco después entran con su anuencia los siete mil brasileños, y se crea el Partido Conservador en base a los "doctores" del coloradismo, siguiéndose dos años pródigos en motines ciudadanos. En agosto del 55, una columna más cívica que militar —"doctores, ciudadanos, estudiantes, el pueblo entero", decía "El Comercio del Plata"— encamina sus pasos hacia el Fuerte al que acosaban gente armada desde las azoteas vecinas. Flores sale entonces a campaña a reunir fuerzas. Hay confusión en la ciudad y suenan unos pocos tiros, quedando finalmente Luis Lamas al frente del gobierno. Un mes después, Flores, con dos mil hombres reunidos en la Unión, se entiende con Oribe, y bajo su presión y la extranjera se reúne la Asamblea y la situación vuelve a volcarse a favor del caudillismo; situación que duró en verdad muy poco tiempo, pues dos meses después José María Muñoz y su grupo de conservadores asalta victoriosamente el Cabildo, se pelea en las calles por varios días, salen las señoras a las calles para pacificar las cosas, con lo que se encalma el levantamiento y Muñoz termina derrotado y desterrado, no sin antes dejar tras de sí muchas docenas de muertos en las calles, en tanto los restos repatriados de Artigas esperaban en el puerto el fin de aquellas confusas pendencias.

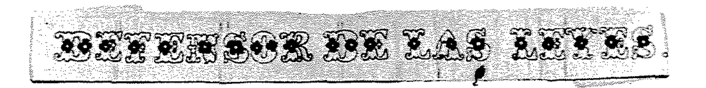
En los cuatro años transcurridos desde el 52, el país tuvo así siete gobiernos: las presidencias de Giró y de Flores, dos interinatos de los presidentes del Senado, y tres dictaduras: la del triunvirato Flores-Lavalleja-Rivera, la de Flores, por muerte de Rivera y Lavalleja y la de Luis Lamas.

La designación en 1856 de Gabriel A. Pereira como presidente, dio lugar a inmediatas reacciones de los colorados, quienes se veían gradualmente sacados de la Troya que habían defendido tantos años. César Díaz, desterrado, empezó a fraguar en Buenos Aires un nuevo movimiento revolucionario. Flores se va a Entre Ríos. Muere Oribe. Algunos conatos de revolución son sofocados en Montevideo, Minas y Tacuarembó. Se predica la dureza, de un lado y de otro. Hasta que desembarca César Díaz en las costas del Cerro el 6 de enero del 58, fracasando su intento de ataque a Montevideo al no responderle la gente comprometida en la ciudad. Vence luego en Cagancha, divulgándose el lanceamiento a que fueran sometidos prisioneros gubernistas. El movimiento aparece como prematuro, pues no se cuenta aún con el apoyo del indio Aguilar, de Sande y Caraballo, quienes se demoran en conciliábulos en Salto, en tanto Flores mantiene una prescindencia equívoca. Se produce entonces la catastrófica sorpresa de Quinteros. César Díaz, desamparado por el caudillaje, cae prisionero, muriendo fusilado con veintisiete de sus oficiales, entre ellos Manuel Freire, uno de los Treinta y Tres. Episodio

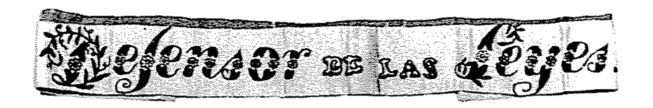


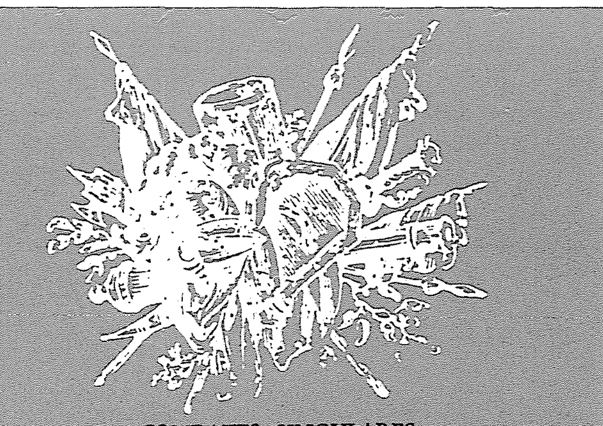
El combate de San Antonio, Garibaldi y sus legionarios en la urdimbre agobiadora de nuestras guerras civiles.

de prolongada resonancia, del que se extraerán por decenios motivos de odio y de venganza. Se habría violado en la ocasión la capitulación concedida por Anacleto Medina, Apremiado por un círculo que presidía el exacerbado Luis de Herrera, cuyo hijo había caído muerto en Cagancha, Pereira impartió la orden de muerte, orden que revocó después, cuando ya era demasiado tarde. Aunque César Díaz, en aquélla que no había llegado a ser sino una revolución en borrador, no había logrado reunir más de seiscientos hombres, su muerte congregó a través del tiempo una larga descendencia de vengadores. Un año después se firmaba el tratado de neutralización del Uruguay, en virtud del cual el Brasil y la Argentina mantenían un ominoso tutelaje. Tenían ambos países la extralimitación del otro, y el Uruguay, entre ser Provincia Oriental o Provincia Cisplatina, recibía como una gracia, otra vez, el precario derecho a ser independiente. Seguirán sin embargo desembarcando a cada paso piquetes de marinos extranjeros. Urquiza, por su parte, había ya invadido, cuando Quinteros, con cuatrocientos entrerrianos en auxilio del gobierno. En cuanto a Flores, borrado del escalafón y enrolado al servicio de Mitre junto con Caraballo, Aguilar y otros jefes colorados, colaborará militarmente en su victoria contra Urquiza.









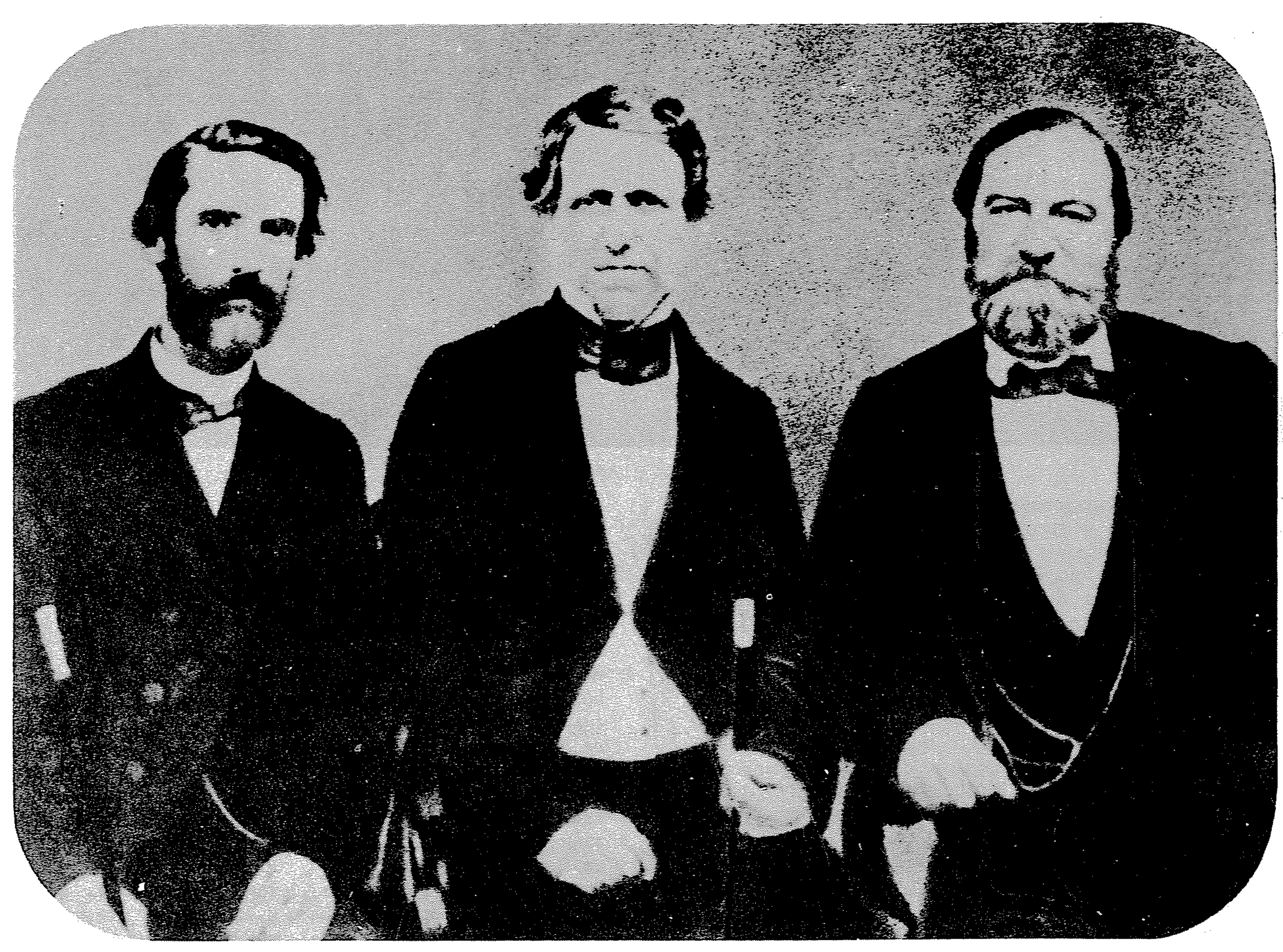
COMBATES SINGULARES

Eran comunes, en medio del combate, los desafíos de jefe a jefe, al modo medieval. Fue en el combate del Pedernal que Timoteo Aparicio provocó a batirse a lanza a Goyo Suárez, quien cayó acribillado de heridas luego de tremendo enfrentamiento, sin haber podido por su parte asestarle un solo golpe a su adversario. Más encarnizado aún fue el duelo que sostuvieron el 16 de mayo del 70, cerca de Porongos, José María Pampillón y Gil Aguirre. En lo más recio de la pelea —relata Arózteguy— ambos jefes se divisan, se retan mutuamente a batirse, los dos solos, y aceptando *el reto, mandan rehacer sus escuadrones*, los forman a distancia de varias cuadras y quedan en el centro los valientes jefes. Los dos combatientes son igualmente prestigiosos, ambos son bravos, jóvenes y bizarros, consumados jinetes y diestros en el manejo de la lanza con que van a batirse. A un mismo tiempo se acometen al galope de sus corceles, pero uno a otro se desvían los golpes por medio de movimientos rápidos que obligan a hacer a sus caballos, y el choque de las lanzas demuestra *que ninguno aventaja al otro en* el conocimiento de su manejo. Así pasan más de 20 minutos, tan pronto retroceden como toman espacio, volviendo a acometerse de nuevo, cada vez con mayor brío, hasta que resulta bastante mal herido Pampillón, que recibe un lanzazo en el cuerpo. Lejos de desanimarle, la herida parece infundirle más valor, redobla sus impetuosos ataques, estrecha sin cesar a su adversario y no le da un momento de respiro, hasta que por último se hieren los dos caudillos, recibiendo Aguirre una grave herida en el cuello. Ambos combatientes se arrojan entonces de sus caballos, dejan las lanzas, y echando mano a sus facones se acometen una vez más, deseando poner término a aquella lucha de honor. Pero ya fuese porque su herida molestase mucho a Aguirre, o porque perdía mucha sangre o porque no se encontraba dispuesto a continuar la pelea se limitó a defenderse y a retroceder, hasta que encontrándose cerca del caballo que había dejado Pampillón, huye de pronto, montando en él de un salto, y sale a toda carrera hacia el sitio en que se encontraban formados sus soldados. Fue tal el furor que le dio a Pampillón la acción de su contrario, que de una manera brusca le arrojó por elevación, primero el facón, y después la lanza que estaba allí cerca, y no alcanzándolo, saca las boleadoras y le *arroja un tiro de bolas al caballo, errándole también*. Monta entonces en el caballo de su enemigo, vuela donde está su gente, la proclama en dos palabras y carga, resuelto a todo, al escuadrón de Gil Aguirre, derrotándolo después de pelear un buen rato y hacerse unos cuantos muertos y heridos por ambos lados".

Cuatro meses después, Pampillón, al llevar una carga a lanza, reconoce su caballo con todo su chapeado montado por su enemigo, a quien derriba de un lanzazo, recuperando de ese modo su cabalgadura.

La cruzada relativamente libertadora

Se iba incubando de ese modo la primera guerra civil que se desarrollará realmente en nuestros campos, por casi dos años, ya no, como las de Lavalleja y Rivera, en fugaz escaramuza o acometida, sino guerra de desgaste, de recursos, de incansable acoso y continua retirada. Fue, la de Flores, una premeditada componenda con los gobiernos del Brasil y la Argentina. Supo en efecto explotar a conciencia todos los factores nacionales e internacionales que podía volcar a su favor. El gobierno de Berro, ilustrado y progresista, no podía proporcionarle por sí mismo excusas valederas. Aunque anti-caudillista, no vaciló Berro en amnistiar a los militares desterrados. Contrario a la pasión de las divisas, su política era de fusión y olvido. Pero la oposición no podía renunciar a participar del usufructo de cargos, privilegios y actividades claves y remuneradoras anexas al comercio y a la administración. Pretextos, los pudo sacar Flores de la destitución y destierro del vicario Vera, del recuerdo de Quinteros, o del muy vago "desquicio" gubernamental a que creía imprescindible aludir todo invasor. Obró además en su favor el malestar producido por la sequía que, con altibajos, se prolongaba desde el 61, así como la baja en la cotización internacional del tasajo, baja de la cual él mismo, administrador del saladero de Lezama, era una de las víctimas. Pero la fuerza propulsora principal la extrajo de las aspiraciones de las oligarquías gobernantes del Brasil y la Argentina, las que veían en el gobierno de Berro, aliado de López, una molesta espina que había que extirpar. Descontaba asimismo el apoyo de los fuertes latifundistas que vendían su ganado a los saladeros riograndenses, algunos de los cuales, como Olid, ya habían demostrado su oposición a la política de Berro, todo lo cual supo explotar Flores con exacto sentido de la oportunidad. Brasil y la Argentina, desconfiándose mutuamente, necesitaban anular el obstáculo del Paraguay, con su política independiente y contraria a sus respectivas aspiraciones de expansión. Berro y López, apostados entre las dos intenciones agresoras, intercambiaban por su parte señas de disimulada connivencia. El truco de cuatro estaba armado y cada uno debía orejear cuidadosamente sus propias cartas y sorprender, si podía, las señas del vecino. Transcurrieron de ese modo cinco años de



Un gobierno respetado por la historiografía de ambos bandos: Eduardo Acevedo, Bernardo Berro y Diego Lamas.



sigilosos tanteos. Flores debió aliarse con quien, como Mitre, era psicológicamente su enemigo, el perseguidor natural de los caudillos. Pero no disponía de otra coyuntura. No podía contar siquiera con los "doctores" de su partido, quienes, integrando una burguesía civil no dispuesta a ceder el paso a los caudillos, aspiraban a levantarse por su cuenta. Debió así preparar sus huestes fuera de fronteras: Gregorio Suárez al norte, Borges y Aguilar en Corrientes, auxiliados respectivamente por riograndenses y argentinos. Envió además algunos hombres al interior de nuestro país en busca de adhesión, pero fue poca la que obtuvo. No queriendo sin embargo esperar más (pues corría el riesgo de que se le adelantaran los conservadores), el 19 de abril de 1863, a los 38 años exactos de la cruzada de Lavalleja, desembarca Flores a su vez con sólo tres acompañantes, en Caracoles, al norte del Río Negro. Desembarco que tenía más de simbólico que de efectivo, pues su intención era de que apareciese como un movimiento nacido en la propia tierra oriental; tan simbólico como lo era su bandera, una cruz roja en fondo blanco, y tan irreal como los motivos que aduce en su proclama: "la bárbara hecatombe de Quinteros", los "buenos ciudadanos perseguidos" y "los vejámenes que sufren" de parte de "los déspotas".

Apenas desembarcado, Flores tomó hacia el norte en busca de las incorporaciones de Suárez y Aguilar. Si logró pasar fue casi por milagro, aprovechando que un comisario de Salto, aunque se le había informado que por allí andaba el incursor, no se tiró a apresarlo por no perder el depósito de una penca que tenía que jugarse. Empezó entonces una extraña guerra sin batallas, salvo las que se dieron porque no hubo modo de evitarlas. Tal, por ejemplo, la de Coquimbo, producto de variados errores y malentendidos, entre los cuales el definitivo fue el del corneta Machín al dar orden de degüello en lugar de la de retirada que impartiera Flores. Servando Gómez, apostado a dos leguas, no hizo nada por acercarse mientras tanto con sus tropas, en actitud que nunca se aclaró, y la revolución obtuvo entonces un aleccionador refuerzo de prestigio. Guerra singular, de continuas correrías, en las que Flores no llegó a contar con más de dos mil hombres, muchos de ellos brasileños y correntinos, seguidos, eso sí, por una copiosa caballada, la que podía traer en gran parte de Río Grande, no tan azotado por la seca. El gobierno no atinaba a asestar entre tanto un golpe decisivo. En vano fue cambiando generales, Gómez, Olid, Moreno y Anacleto Medina, casi todos veteranos poco deseosos de atacar, mejores como lanceros que como estrategas. Sus movimientos

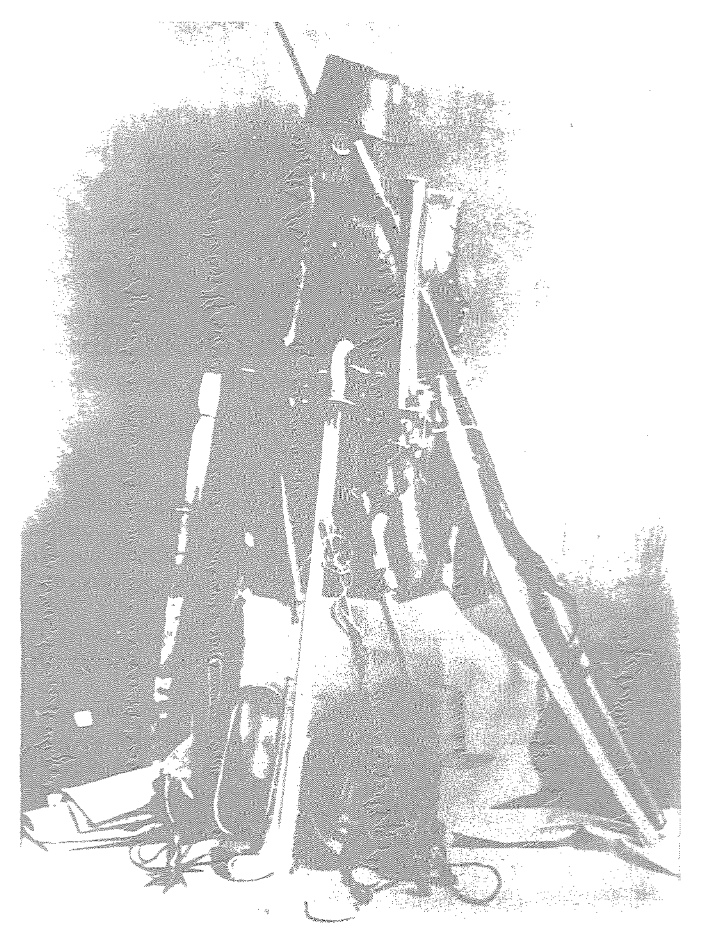


20 de febrero de 1865. El Montevideo colorado sale a recibir al vencedor General Venancio Flores.

eran lentos, sus esfuerzos desganados, sus tropas enganchadas por dinero o por la fuerza, casi siempre a pie, casi nunca pertrechados como se debía. Flores pudo así acercarse a Montevideo y provocar pánico por dos veces, para volver al norte, ocupar ciudades, renovar su bagaje, reforzar su parque y recibir eventualmente ayuda desde fuera, en donde los sectores colorados empezaron a restregarse las manos y a concretar recién ahora su adhesión. Tuvo el acierto de dejar operar algunas fuerzas sueltas, Goyo Suárez al norte, Manduca Carabajal al este y Máximo Pérez al oeste, distrayendo a los gubernistas, para quienes aquellos baqueanos, moviéndose en sus pagos, resultaban prácticamente inalcanzables. "Hostilice al enemigo evitando siempre el combate", "no hay que descuidarse un solo momento", "no quiero piquetitos ni partiditas", tal era la estrategia del "cabo viejo", según la expresaba en sus chasques a sus capitanes. No contaba prácticamente con infantería, ni para nada la necesitaba, pues no podía pensar en dar ningún golpe decisivo. Su armamento era pobre, pura lanza, trabucos, pistolas, tercerolas, sables y facones, algún centenar o dos de armas largas muchas de ellas de chispa, anticuadas, con posibilidad de un tiro a lo sumo por minuto, y algunas pocas de fulminante, casi todas tomadas al gobierno en Coquimbo. Su lujo era la caballería, caballos resistentes, muchos de ellos "de estimación", arreados en largas tropas. El gobierno disponía en cambio de armamento superior, fusiles rayados en profusión y alguna artillería, pero carecía de movilidad y de un sentido estratégico adecuado. Se dejaron muchas guarniciones sin el necesario refuerzo, lo que permitió el cómodo reavituallamiento de Flores quien tomaba un pueblo tras otro hasta quedar virtualmente dueño de toda la campaña. Ni siquiera hubo acuerdo en el gobierno sobre el uso de divisas; unos la usaron azul, otros blanca, y a veces, como un negativo de la de Flores, una cruz blanca sobre fondo rojo.

A fines del 64, Flores juega su carta de triunfo: siete mil brasileños con doce baterías de artillería invaden el país, mientras la escuadra de Tamandaré impone su dominio en el Río Uruguay. Ocurre entonces la legendaria defensa de Paysandú, en donde Leandro Gómez, con una guarnición reducida a unos seiscientos hombres, resiste durante más de un mes el sitio y bombardeo a que lo someten fuerzas abrumadoramente superiores. El gobierno comete allí su último error al darle al general argentino Sáa, el rudo "Lanza Seca", el mando de un ejército que se resistía a obedecer a semejante jefe; arrecian así las deserciones, y tan descolocado propósito de ayuda resulta desbaratado junto al Río Negro por

las avanzadas de Máximo Pérez. Los sitiados, entre tanto, encerrados en pocas manzanas, hacen prodigios de valor. Pero aprovechando los sitiadores la confusión de una tregua, cae Leandro Gómez prisionero, y Francisco Belén, por orden del Goyo Suárez, manda fusilar al heroico jefe y a varios de sus compañeros. Se puso así en circulación la réplica sentimental de Quinteros, con lo que blancos y colorados dispondrán desde entonces de banderas simétricas de reivindicación. Adujo Goyo Suárez —"Goyo Geta" para muchos, "Goyo Sangre" para Carlos M. Ramírez a raíz de los excesos del 71— que había querido vengar entonces la muerte de su madre, la que habría sido años atrás martirizada por los blancos, motivación análoga a la de Luis de Herrera, quien se vengara en Quinteros de la muerte de su hijo, y a la del mismo Flores, cuyo desconsuelo ante la muerte de su hijo homónimo determinara su orden de fusilar a Párraga, el defensor de Florida. No era sin embargo frecuente entre los criollos el ajusticiamiento del vencido, y si alguna vez se consumó, fue porque una causa ocasional, alguna pasión personal incontenible, llegó a enceguecer a los autores. Sobran los rasgos de caballerosidad, incluso de confraternidad, entre los combatientes. No era fácil que el ardor de la lucha se transformase en odio. Cuando el primer asedio de Paysandú, los sitiados salían a menudo a compartir la rueda del mate en los fogones de los sitiadores. Era también común que se soltaran prisioneros bajo promesa de no volver a tomar las armas, aunque era también común que no se cumpliera tal promesa, lo que tal vez todos supieran de antemano. Hubo episodios como el de Cipriano Cames, quien, habiendo retenido en su destacamento a Máximo Pérez cuando había penetrado al país en preparativos para la invasión, lo instó a irse al conocer el paso de Flores, diciéndole "llegó el momento de ir a juntarte con los tuyos". Flores, como después Timoteo Aparicio, hizo cuestión de su magnanimidad, y de ahí que el fusilamiento de Paysandú excitara su cólera, alejando a Suárez y a Belén desde entonces de su ejército. Si se combatía con fiereza, atribúyase a la desaprensión con que unos y otros se enfrentaban con el peligro y con la muerte. "La guerra —dirá Javier de Viana— es admirable escuela; las necesidades van desnudando las almas. Sus hipocresías son como las pinturas de los edificios rurales que desaparecen con las lluvias. Se llega a ser lo que se es".



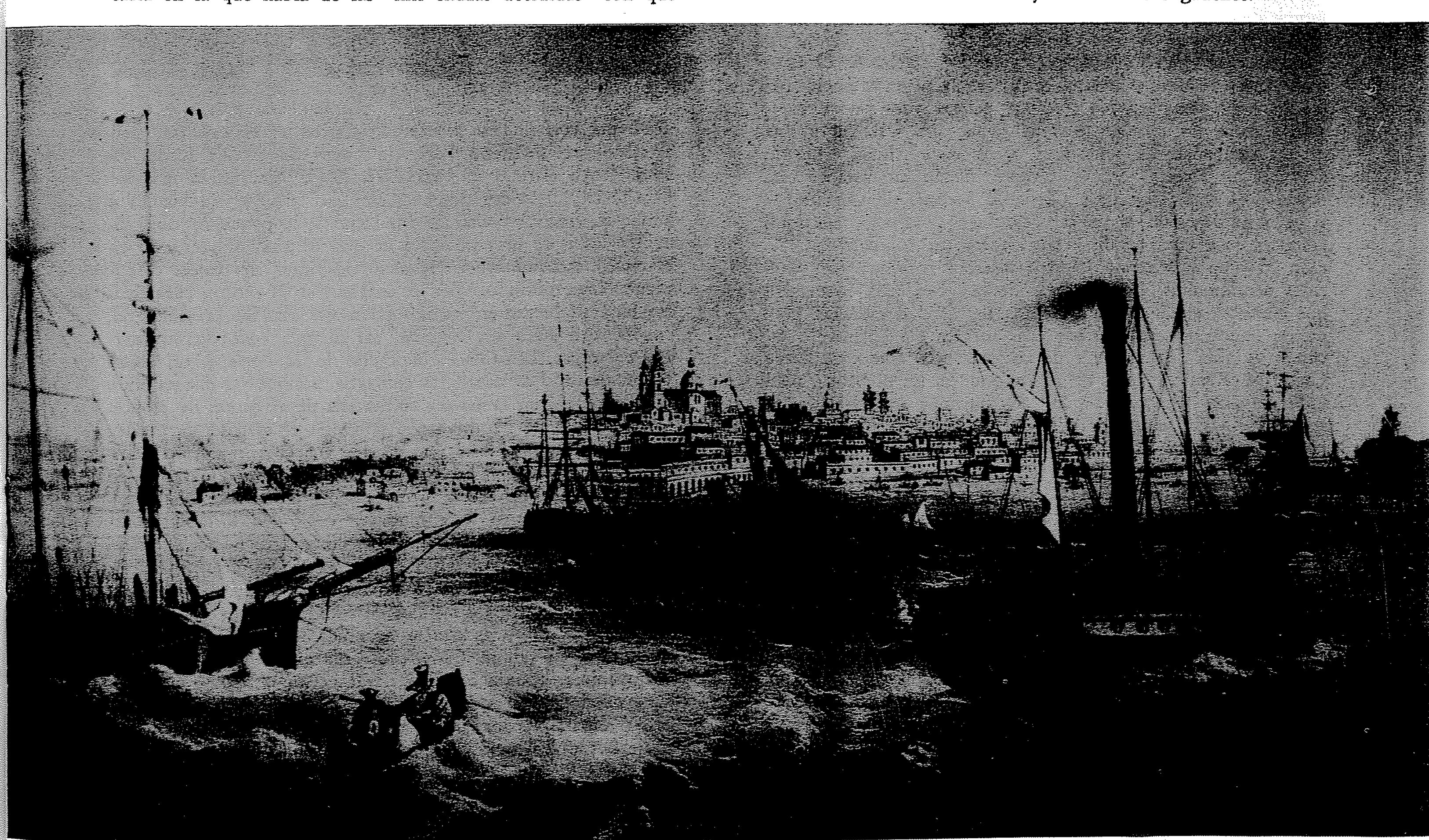
Los trofeos de la guerra del Paraguay. No fueron trofeos nacionales: las guerras civiles hicieron de ellos trofeos de partido.

Mientras peleaban en el Paraguay

A la caída de Paysandú siguió al poco tiempo la caída sin lucha de Montevideo, una entrega honorable que consagraba el triunfo de la revolución. Flores debía cumplir entonces con Mitre y con el Brasil el compromiso de acabar con Solano López, quien había llegado a movilizarse, aunque tardíamente, en defensa del gobierno oriental. Queda fuera de nuestro propósito reseñar la larga guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay, en la que se agregaron varios cientos más a los mil muertos que fue el saldo final de la revolución de Flores, cifra ésta que puede considerarse relativamente reducida. Flores, aunque protagonista de una guerra que pudo ser considerada sin mayor despropósito como un episodio de la guerra civil argentina —e incluso como un episodio de la expansión brasileña por el dominio de los ríos y el comercio— atinó sin embargo, andando por lo que bien puede llamarse el filo de la navaja, a mantener a raya sosegándolos, ambas influencias, y reafirmando al fin de cuentas la independencia del país. Desde 1865, en efecto, pierden toda entidad las intervenciones brasileñas, tanto como la desembozada ingerencia de la Argentina. El país pudo empezar a creer recién entonces en un destino propio. Creció la inmigración, y un conato de prosperidad se hizo sentir en varios rubros. Pero los blancos no compartían ciertamente tales optimismos, desde que tantos vivían proscriptos, calculándose en veinte mil los orientales exilados entonces en la Argentina. Y renació además la oposición doctoral en el baluarte de "El Siglo", así como la del círculo de Goyo Suárez, cuyas maniobras y salidas a campaña determinaron finalmente que se le fijara la ciudad por cárcel. Sucede entonces el curioso motín de los hijos de Venancio, sublevando el Batallón Libertad, y debiendo intervenir el cuerpo diplomático luego de tres días de aquel singular conflicto, más familiar que

nacional, en el que los hijos se sublevan contra el padre para obligarlo a continuar en el poder, y el padre, por su parte, destierra a los hijos para que lo dejen irse. Quedaban en pie las amenazas de los blancos de Aparicio en Entre Ríos, de los blancos de Berro en Montevideo, y de los colorados de Suárez no se sabía bien dónde. El 10 de febrero de 1868 Aparicio no puede ya contenerse e intenta una invasión a los gritos de "Viva Urquiza" y "Viva el Paraguay", pero no encontrando apoyo, debe reembarcarse de inmediato. Y llega el 18 de febrero, en plena epidemia del cólera; Berro, con veinte acompañantes, ocupa la casa de gobierno, en tanto Pedro Varela se escapa por el fondo. Fracasa la toma del Batallón Constitucional y no llega a destino el aviso de Bastarrica, quien esperaba con refuerzos cerca de la capital. Asesinan a Venancio Flores, no se sabe quién, y asesinan a las pocas horas a Berro, en un día de verdadera confusión y espanto. En todo el país se suceden los fusilamientos, mientras Caraballo sorprende y da muerte al centenar de acompañantes de Bastarrica cuando volvían a sus hogares. Quinientas muertes señalaron esos días de inmenso desconcierto, en los que tres revoluciones se interfirieron con resultados realmente pavorosos.

Bajo Lorenzo Batlle, el país entró en una crisis económica y financiera que habría de causar frecuentes conmociones. El primero que se hizo notar fue Máximo Pérez, quien, valido de la debilidad del gobierno, se resiste a aceptar el jefe político que se le asignara a Soriano, enviando una carta en la que habla de las "mil chuzas decididas" con que cuenta y amenazando al gobierno con "derrocarlo a balazos". Un mes estuvo en campaña, hasta que hizo las paces con su perseguidor Caraballo, entrando en Mercedes como un verdadero vencedor, al resultar satisfechas sus aspiraciones. Al año siguiente le tocó el turno de levantar el poncho a Caraballo, y es ahora Pérez quien lo reduce luego de una persecución desenfrenada, terminando el episodio, otra vez, sin mengua alguna para el sublevado. Coincidió esta asonada con un amago de Suárez, quien lanza un manifiesto y organiza un movimiento por su cuenta, para dejar finalmente en suspenso sus propósitos. Resulta ilustrativo el "propio" con que Caraballo invitara a Pérez a acompañarlo en su empresa; lo previene allí contra esos "doctores que profesan un odio reconcentrado a todos los que ellos llaman gauchos, a quienes ni siquiera conceden el derecho de discutir los intereses de una patria que tan caro nos cuesta". Como lo había ya expresado Berro, en tales conflictos los doctores "se valían de los hombres de campaña para deshacerse después de ellos, tratándolos de bárbaros y de retrógrados". Más expresivos fueron aún Enrique Castro, Borges y Suárez en un manifiesto que lanzaran en el 75, al recordar "el perpetuo desprecio a los que hemos vivido en los campamentos derramando nuestra sangre para recibir como recompensa de esos políticos que se educaban mientras nuestros gauchos morían, el desdén y los calificativos de elementos personales y bárbaros y caudillejos de chuza". Batlle debió servirse alternativamente de uno u otro, reconociendo que el poder de decisión estaba aún en manos del caudillo y en la de sus gauchos.



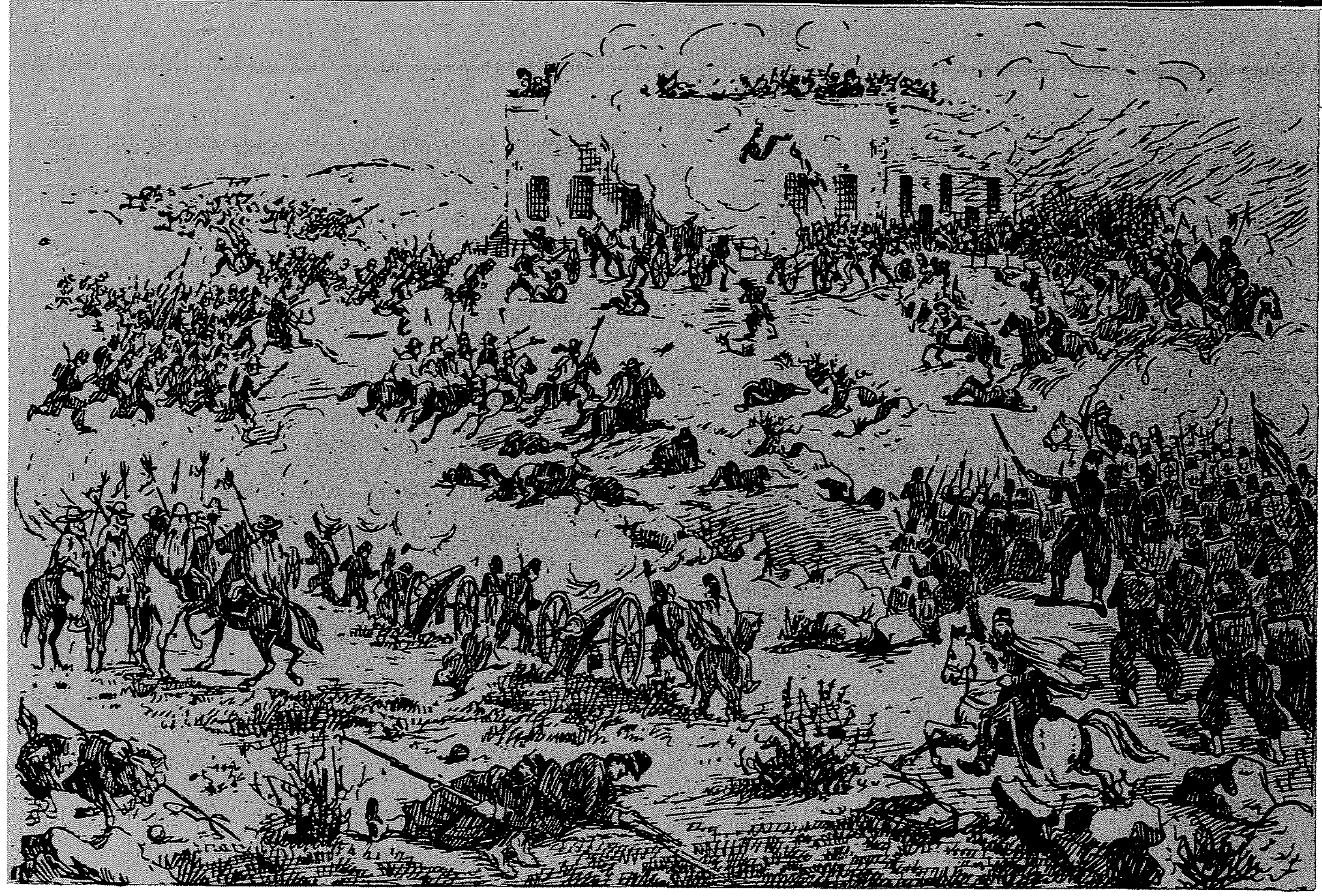
Un Montevideo ultramarino se enriquece con el cabotaje imprescindible a los beligerantes de la Triple Alianza.

La Revolución de las Lanzas



Tenía que ser "muy terne y quebrallón" —dice Aróstegui— el blanco que en aquellos años se animara a asomarse a la pulpería a tabear o jugar un truco entre penca y penca. A la intemperancia del gobierno se agregaron entonces, como factores de descontento, la mortandad de ganado del 68, la pérdida de cosechas del 69, la baja en el precio de la lana (cuando aumentaba el auge, precisamente, de la crianza de ovinos), y sobre todo el descenso del valor del peso. Fue cuatro días después de la muerte de Solano López en Cerro Corá que Aparicio invade cerca de Salto, esta vez en serio, al frente de 43 revolucionarios. Los cinco años de la Guerra del Paraguay vinieron así a coincidir exactamente con la tregua cumplida en el pleito entre blancos y colorados. Comenzó de ese modo la más típica y gaucha de nuestras revoluciones, la "revolución de las lanzas", la que habría de proseguir durante más de dos años de enconados combates. Ya no eran aquellos escasos dos mil hombres seguidos de cinco mil caballos sin jinetes que se habían visto correr los campos en la revolución de Flores. Eran ahora más de ocho mil jinetes armados en gran parte a lanza, componiendo un espectáculo de incomparable sugestión estética. La perseguida población blanca de la campaña, junto con la numerosa columna de emigrados que se fue reintegrando al país, se agruparon bajo la bandera nacional buscando congregar a los "neutrales de todas las opiniones"; así lo expresó el ex-colorado Anacleto Medina, quien, cerca de sus noventa años (debía sostener sus párpados con dos palitos para poder ver), quería darle un carácter nacional a la que sería la última de sus campañas. La conciencia de la nacionalidad adquirió entonces un especial relieve. "Ahora mismo me arranco esta divisa —le dirá Aparicio a Caraballo después de Corralito— si es obstáculo para la unión". También Caraballo manifestó entonces estar cansado de pelear contra sus compatriotas. Simón Moyano y Máximo Pérez desertarán movidos por parecidos sentimientos. Nunca se evidenció con más intensidad que entonces el sentimiento de una hermandad esencial, pero nunca, tampoco, se sintió con más nitidez ese "principio fecundo de vida", de moral y de entereza que, como escribiera Carlos M. Ramírez antes de su experiencia en el Sauce, realzada entonces la acción de los dos partidos tradicionales. Si se combatía sin embargo con tanto fervor, era precisamente porque se trataba de una guerra exclusivamente entre uruguayos. De ahí que ese fervor no impidiera que se manifestara, salvo las ya mencionadas excepciones, un hondo sentido humanitario.

Los primeros encuentros en Cerro Largo fueron ardorosos. Máximo Pérez, al pretender reeditar su relampagueante persecución del año anterior, chocó ahora contra caballerías cuyos jinetes "no parecían hombres sino fieras", según él mismo expresara, debiendo resistir el embate enemigo formando cuadro con sus hombres, cuyas cabalgaduras estaban exhaustas debido al desenfrenado galope a que las sometiera. En aquellos pagos en donde "hasta las chilcas son blancas", Timoteo fue engrosando sus fuerzas considerablemente. Tenía más gente que dinero, pues en la colecta inicial de los "doctores" sólo se había podido reunir doscientos pesos, cantidad que fue creciendo cuando el éxito empezó a acompañarlo. Desde Buenos Aires y Entre Ríos llegaron algunos cargamentos con armas, incluso, con Salvañach, los primeros setenta Remington de que se tuvo noticia en nuestros campos, con su mayor eficacia y velocidad de tiro. Pero mientras el gobierno, con Suárez y Enrique Castro se esmeró por perfeccionar la infantería haciendo buen uso de los fusiles de aguja, cuyo estreno se hiciera en el 70 "del modo más satisfactorio", Aparicio desdeñó mejorar la suya. En cuanto a artillería, llegó a contar al final con siete pequeños cañones, contra los doce más potentes de que dispuso el gobierno en el Sauce. Acostumbraba Aparicio desplegar sus líneas disponiendo unos pocos cuerpos de infantes en el centro, para aplicar toda su fuerza en las dos poderosas alas de su caballería, con las que atacaba y lograba casi siempre envolver las fuerzas enemigas, desafiando para ello la artillería y corriendo y desbandando la caballería contraria, aunque no encontrando manera, como en la sangrienta batalla de el Sauce, de reducir el fuerte cuadro de infantería con que el ejército de Suárez sostuvo y repelió la carga de los lanceros revolucionarios. Aleccionado por tal precedente, Enrique Castro mantuvo en Manantiales su caballería estrechamente unida a la infantería, con lo que frustró toda tentativa de rodeo o desmembramiento. Batallas que parecían conducir a claras victorias, como la de el Sauce, se volvieron en contra de los insurgentes. La caballería de Aparicio persiguió en esa ocasión a los gubernistas hasta las puertas mismas de Montevideo, pero la propia dispersión obró en su contra, agravada la situación por tener que pelear en campo arado, problema que se hizo sentir por vez primera, oponiendo la agricultura un obstáculo nuevo a las evoluciones de la caballería. La derrota fue así total, yendo a dar muchos de los dispersos a Buenos Aires, luego de embarcarse donde mejor pudieron. Se perdió entonces con la infantería lo que se había ganado con la caballería. La incapacidad de Aparicio para rematar ejércitos que parecían ya vencidos se vio asimismo en Corralito, en donde, teniendo a Caraballo a su merced, le concedió una tregua y un permiso a las tropas enemigas para que fueran a un arroyo a tomar agua, lo que aprovechó el jefe gubernista para escabullir el



Manantiales. La infantería comienza a empardar a la caballería gaucha. La tendencia será irreversible.

bulto. Aún derrotado, era notable sin embargo la prontitud con que Aparicio rehacía sus fuerzas, recibiendo nuevas incorporaciones del gauchaje enfervorizado contra la oligarquía ciudadana, contra la explotación de que empezaba a ser objeto, y contra la deformación de su economía y de su estilo vital. "Me lancé rodeado de cuarenta y tres compatriotas —dirá Aparicio—; ellos, los hombres de siempre, nada me ofrecieron, nada les pedí; he venido a' la patria oyendo los clamores, los gemidos de nuestros hermanos, que ya en negros calabozos unos, perseguidos los otros y errantes, ganaban los montes, expatriándose los más antes de pasar por la cruel humillación". Mucha culpa la tenía —agrega— "la indiferencia de los hombres de nuestro partido, salvo algunas honorables excepciones, los más opulentos en la Patria gozando tranquilamente a la sombra de los traidores".

¿Qué sucedía en realidad en nuestras guerras? Como contestara Don Melchor en Francia a sus irónicos interpelantes, pues se moría, como en todas. Pero en ellas se expresaba además una conciencia y se abría una disponibilidad. No se trataba de una violencia porque sí; era vida desestimada que se hacía valer arriesgándose ella misma, lo único de que se disponía. Una lanza era así un argumento; una divisa equivalía a un programa; y morir, después de todo, era una afirmación. Tal lo que no veía el principista: que cuando la razón deserta, la fuerza tiene razón.

No necesitó Aparicio movilizar sus efectivos con la frecuencia con que lo hiciera Flores. Aunque su guerra fue asimismo de recursos, no tomando nunca rumbos previsibles, resolvía a veces acampar por largos lapsos a fin de reponerse y dar tiempo y lugar a las reincorporaciones. Se movía entonces poco más de media legua cada dos o tres días a fin de proporcionarle pasto a las caballadas. Apenas acampados armaban los gauchos sus ranchitos de ramas, y pasaban luego sus horas en las carneadas, acomodando las cincuenta o sesenta carretas, lavando las cacharpas, organizando pencas, jugando a la taba, ejercitándose en combates a lanza, boleando avestruces y potros, organizando a veces grandes recogidas. De noche se oía el rasgueo de las guitarras y las décimas improvisadas alrededor de los fogones, hasta que el vibrante sonar de los clarines llamaba a sosiego al vasto campamento desplegado, bajo cielos estrellados, a veces bajo lluvia, salvo que se resolviera una "trasnochada" a fin de sorprender al enemigo. La disparada de la tropa, provocada a veces por un trueno o por cualquier ruido inesperado, daba lugar a un pavoroso desbande que arrasaba con todo, costando después un triunfo reagrupar los caballos dispersos. La vestimenta era en general pobre: feliz del que conseguía algún cuero de carnero y botas de potro peludas en invierno. En las cargas llevaban brazos y piernas al descubierto, sostenían la melena con vinchas y ataban las colas de sus fletes al garrón. Precedían y ladereaban la columna los bomberos y los flanqueadores, ojos y oídos del ejército. La tropa solía formar en filas paralelas, siendo la más usual diversión de aquellos niños grandes la de arrojarse unos a otros cuanto objeto iban encontrando. Muchos de ellos llevaban en las cabezadas del recado un pedazo de tronco o leña de vaca encendida sobre el que iban asando el churrasco o calentando la pava para el mate. En los cintillos de los "palomos" de Aparicio podían leerse pintorescas inscripciones: "Zumaco, chupate esa breva" (zumaco: fruto colorado del zumaque), "Morir o saltar la zanja", "Por cinco años de ausencia, salvajes tengan paciencia", "No pido ni doy cuartel", "El que sabe matar debe saber morir", A las que se podría agregar la frase pronunciada por Anacleto Medina en Manantiales, "Yo no disparo nunca", cuando, producido el desbande, no quiso abandonar el campo sino al paso, cayendo muerto poco después alcanzado por las lanzas enemigas. Pueden calcularse en dos mil los orientales muertos en toda la revolución.

Paz a la fuerza

Durante un cuarto de siglo, desde el 72 al 97, no habrían de reproducirse, sino en conatos siempre frustrados, guerras civiles como las de Flores y Timoteo Aparicio. Hasta el 86, sólo se sucederán conspiraciones de cuartel, conciliábulos en Buenos Aires, y alguna salida inocua y prontamente abortada en la campaña. La paz del 72, transacción concebida por la élite capitalina deseosa de estabilidad (en "Los tres gauchos orientales", crónica en verso de la revolución, Antonio Lussich lo dice claramente: "No es el general, creamé / quien nos ha clavado el pico, / son los que untan el bolsico / con la sangre de este pais".), inauguró una larga serie de tentativas de coparticipación entre blancos y colorados, merced a la cual toda una clase social, por encima de las divisas, trataba de buscarse a sí misma, comerciando un reparto rendidor. Acontecimientos como el Pacto de la Cruz (1897), el acuerdo de la "Comisión de los 8" (1917), el "Pacto del Chinchulín" (1931), la ley de lemas y el senado del medio y medio (1934), el reparto de la administración pública o ley del 3 y 2 (1952), etc. serán jalones de ese progresivo entendimiento. El Uruguay entraba en la época que Reyes Abadie denomina de "la organización republicana", creyendo cada vez más en un destino propio. Lo anunciaba el principismo desde el 72, Latorre será después su forjador, y Herrera y Obes quien lo consolide en un marco definido de burguesía•clasista. Se empezó a "no entender" las guerras civiles. "¿Por qué —le escribía Sarmiento a Batlle— se ha derramado tanta sangre en E. Ríos y en el Uruguay? Yo mismo no comprendo una palabra de todo este asunto". El doctor Pedro Visca subrayará "el desprecio" (que un Hudson, por cierto, finalmente corrigió) con que en el extranjero se juzgaba a un país que no sabía vivir sino peleando. Se veía al caudillo como "causa" y no como efecto de causas que no convenía desenmascarar. El maestro —dirá Varela— sustituirá al caudillo, lo rescatará "del desquicio y del desorden"; "nuestra campaña es el centro de nuestra barbarie". Ese orden con que soñaba el principismo coincidía con el que empezaría a imponer el capitalismo inglés a través de gobernantes serviciales. A los comerciantes les venía como anillo al dedo el antisectarismo pacifista de los intelectuales. La burguesía rural y ciudadana necesitaba consolidarse de una buena vez. Los ingleses conseguían con sus inversiones, lo que no consiguieron con sus invasiones. La clase terrateniente, al refinar en su estancia-empresa el ganado para la exportación, vinculará sus intereses con la clase comercial inglesa que le servirá de respaldo. Se civilizará muy sarmentinamen-



Justino Muniz. Siempre blanco incluso en filas coloradas, mantuvo su distancia contra los "embrollones de letra menuda".



te el campo, domesticándolo mediante el sufragio y la alfabetización, ambas cosas con límites calculadamente estrictos. Los dedos de la garra inglesa se abrirán desde Montevideo con las líneas ferroviarias. Terminada ya la era de libre concurrencia, necesitará gobiernos indígenas adictos y propicios, fuertes y dependientes, garantías seguras para sus capitales aplicados a los servicios públicos. La tranquilidad le era vital. Había que amansar a una base obrera barata y disciplinada, sin peso político ni lanzas muy a mano, en tanto la oligarquía aprovechaba las posibilidades abiertas por la especulación comercial y financiera. El país se unía horizontalmente, pero se separaba verticalmente en clases cada vez más disociadas. Era ahora más fácil hacer rendir al capital que a los hombres. En lugar de la lucha a campo abierto, se prefería así la corruptela rendidora, el fraude electoral, la maniobra útil, el "marcianismo". Doctores y caudillos fueron así barridos por igual. El pensamiento y el instinto fueron despolitizados. Apareció el político de oficio, "pur sang". Se disciplinaron los partidos y se centralizó el poder presidencial.

Luego de una tentativa de levantamiento de Máximo Pérez al frente de trescientos hombres, desbaratada al ser sorprendidos de noche los revolucionarios a orillas del Duraznito, se produjo en el "Año Terrible" de 1875 el San Bartolomé en miniatura de la Plaza Matriz, con diez muertes y muchos miles de escandalizados. Pocos días después, Latorre, al frente del ejército, aunque sin tirar un solo tiro, decide la caducidad del gobierno y empieza a cumplir todo lo que deseaba el principismo, aunque sin ceñirse a la formalidad de los principios: desterrar del país la "barbarie", y con ella (en la barca de Puig), algunos de los "civilizados" más molestos. Los doctores querrán entonces auxiliarse de los caudillos en la híbrida Revolución Tricolor, revolución sin divisa definida contra un gobierno que se servía de las dos, con Latorre y Aparicio muy de mano dada. Sin dirección ni armas adecuadas, aquel confuso levantamiento que, con Arrúe, Muniz, Llanes y otros, llegó a reunir cinco mil hombres, se desbandó a los cuatro meses, al Brasil unos, sometidos otros, luego de ser derrotados en Perseverano y otros encuentros de poca relevancia. Se instauró así una paz total por cinco largos años. Latorre convirtió al país en un cuartel, reduciendo al "feudalismo bota de potro" con el apoyo de la burguesía rural y ciudadana. Mediante el alambrado y la instrucción popular, resultaron cercados campos y conciencias. La campaña se volvió "habitable", sobre todo para el latifundista. Mucho menos, por cierto, para el gaucho, para el cual, al perder su libertad de acción, ya no podía haber "patriadas", atado ahora a salarios miserables, debiendo vivir de changuitas pordioseras en yerras y esquilas, limando sus uñas en la vida sedentaria, anodina, domesticada, de las estancias, para ser arreado en tropilla los días de elecciones. No le quedaba ser sino peón o "milico", salvo que se resignara a ser acorralado, entre esos campos que ya no podía recorrer, en los pueblos de ratas que empiezan a surgir; o echar pie a tierra y deambular como un "andante", desterrado de su propio suelo. Los mejores llegarán a capangas distinguidos, a compadritos de facón a la sombra del "coronel", demasiado atado a su vez al poder como para permitir a los suyos lo que él ya no puede permitirse. Santos, dueño de la situación después de la inesperada renuncia de Latorre, le dio otra vuelta de tuerca al orden establecido creando en 1880 tres escuadrones de línea para el servicio de fronteras y organizando una artillería y una infantería que las convertirán en invulnerables ante la caballería irregular de las montoneras. Advendrá la era del "regimiento". No dejarán de producirse sin embargo correrías casi póstumas de caudillos reacios, los colorados Simón Martínez, Frenedoso, Nico Coronel y Máximo Pérez, aunque estos dos últimos invaden en 1881 y 1882 con divisa verde, Nico usando el lema "Espíritu Santo", Pérez anunciando con solemne manifiesto el "Partido de los Patricios" y cruzando nuestros campos desde la Agraciada hasta el Bichadero entre columnas gubernistas cuya rapidez de reacción y armas de precisión y largo alcance vuelven quijotesca su intentona. La muerte de Máximo Pérez, acometiendo a lanza un enemigo tan poderoso con un grupo reducido de hombres, era —decía "El Ferrocarril"— la del "último caudillo que moría llevando tras de sí los últimos restos de las épocas pasadas".

Se producirán otros intentos, esta vez de los blancos Lallera, Mena, Pampillón y otros, en el 84 y el 85. Hasta que en marzo del 86 invade finalmente Arredondo con 1.500 jóvenes de todos los partidos con mucho fervor idealista pero con muy pocos caballos, para ser derrotados irremisiblemente en el Quebracho. Doscientos muertos quedaron en el campo, pero se dejó también un ejemplo que hizo trastabillar la solidez del régimen. Batlle, Williman, Campisteguy, varios futuros presidentes, adquirieron allí más prestigio que gloria militar. Cuando se produce el balazo de Ortiz el exhibicionismo del poder militar se estaba volviendo contraproducente. No había ya necesidad de levas ni de escolta presidencial. La oligarquía no tenía por qué temer el aflojamiento de los controles militares y policiales, desde que el andamiaje social y legal creado por Latorre quedaba casi totalmente en pie. El civilismo usará métodos menos ostensibles, y Julio Herrera y Obes llegará a experimentar —según propia confesión— la cómoda sensación de estar administrando el país "como una estancia cuyo directorio está en Londres".



Máximo Pérez. En un sorprendente final muere con divisa verde.

Muere Saravia y muere la revolución

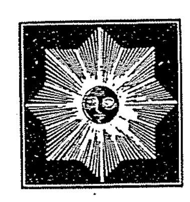
Las torpes arbitrariedades de Idiarte Borda suscitaron en la pluma de Acevedo Díaz e, independientemente, en el ánimo, aguerrido en Río Grande, de Aparicio Saravia, un afán revolucionario que parecía emerger de épocas ya irrepetibles. Pero el arresto y la baquía del caudillo del Cordobés revelaron en el 96, a fuerza de esquives, coraje y decisión, la posibilidad de sostenerse en pie de guerra en lo que se estaba creyendo ya un país intransitable para la revolución. Aún así, la revolución del 97, desasistida por el directorio nacionalista, no reunió más de dos mil hombres. Pero su importancia residió en propiciar el conato, mucho más considerable, de 1903, y el agrupamiento en 1904 de contingentes aún mayores aunque no superaran sensiblemente a los que había reunido Timoteo Aparicio treinta años antes. Guerra obligada, la de 1904, por el reparto de La Cruz, en el que se establecían prácticamente dos gobiernos, al frente de los cuales, además, Batlle y Saravia, competían en materia de irreductibilidad. La muerte de Saravia señalará el fin de una época. El heroísmo de un Basilio Muñoz, en 1910 y 1935, no hará sino demostrarlo por el absurdo. Pero tales episodios merecen un estudio aparte, desde que en cierto modo se desarrollaban en un país distinto.



En Masoller cae Aparicio Saravia y con él se clausura el ciclo de las guerras civiles.

BIBLIOGRAFIA SUMARIA

ACEVEDO, Eduardo. — *"Anales Históricos del Uruguay"*. Montevideo, 1933.
PIVEL DEVOTO, Juan E. — *"Historia de los partidos políticos en el Uruguay"*. Montevideo, 1942.
DIAZ, Antonio. — *"Historia Política y Militar de las Repúblicas del Plata"*. Montevideo, 1877.
MARTINEZ, José L. — *"Vida Militar de Enrique y Gregorio Castro"*. Montevideo, 1901.
AROZTEGUY, Abdón. — *"La Revolución Oriental de 1870*. Buenos Aires, 1889.
CONTE, Antonio H. — *"La Cruzada Libertadora"*. Montevideo, 1891.
MARTINEZ, José L. — *"Laderas y Cumbres"*. Montevideo, 1935.
GOMENSORO Y VILLEGAS, Tomás. — *"Héroes olvidados"*. Montevideo, 1908.
BERRO, Aureliano. — *"De 1860 a 1864"*. Montevideo, 1921.
BERRO, Aureliano. — *"Bernardo P. Berro"*. Montevideo, 1920.
OLAVE, Oscar. — *"Coronel Eduardo T. Olave"*. Montevideo, 1952.
MARTINEZ, José L. — *"Juicios y Combates"*. Montevideo, 1947.
ROSSI, Rómulo F. — *"Episodios Históricos"*. Montevideo, 1923.
PIVEL DEVOTO, Juan E. y RANIERI DE PIVEL DEVOTO, Alcira. — *"Historia de la República Oriental del Uruguay"*. Montevideo, 1966.
ZUM FELDE, Alberto. — *"Proceso Histórico del Uruguay"*. Montev. 1967.
ARDAO, Arturo y CASTRO, Julio. — *"Vida de Basilio Muñoz"*. Montevideo, 1938.
"Cuadernos de Marcha", Nº 5. — *"Guerra y Revolución en la cuenca del Plata"*. Montevideo, 1968.



Cronología de las revoluciones, motines y levantamientos (1832 - 1910)

1832 (marzo). — Levantamiento de los indios de Bella Unión, siendo reducidos un mes después, luego de tres encuentros.

1832 (junio). — Motín en Durazno encabezado por el mayor Santana, quien finalmente debe huir.

1832 (julio). — Motín en Montevideo encabezado por Eugenio Garzón, y desbaratado luego de un encuentro en Las Piedras.

1832 (agosto). — Lavalleja abre las hostilidades en campaña; vencido en dos encuentros, emigra en setiembre.

1832 (setiembre). — Motín militar abortado, en Montevideo.

1833 (abril). — Invade Olazábal por el norte con 400 hombres; luego de ocupar Melo, se ve obligado a emigrar.

1834 (marzo). — Invade Lavalleja, siendo sofocado el movimiento luego de seis meses.

1836 (julio). — Levantamiento de Rivera. Derrotado en Carpintería (en donde se estrenan las divisas blanca y colorada), debe emigrar.

1837 (octubre). — Nuevo levantamiento de Rivera. En octubre de 1838 renuncia Oribe, y Rivera entra en Montevideo.

1839 (marzo). — Rivera declara la guerra a Rosas. Victoriosos en Cagancha en diciembre de 1839, es derrotado en Arroyo Grande (Entre Ríos) tres años después.

1843 (febrero). — Oribe invade el país y sitia a Montevideo. Comienza la Guerra Grande, que durará hasta 1851, año en que se firma la paz "sin vencidos ni vencedores".

1852 (agosto). — Servando Gómez se niega a licenciar su división en Paysandú. Acude Flores y procede a disolverla.

1853 (abril). — Melchor Pacheco y Obes revela sus trabajos revolucionarios en la campaña.

1853 (julio). — El Batallón 2º de Cazadores del Coronel Palleja abre el fuego contra la Guardia Nacional. Melchor Pacheco y Obes es puesto por Giró al frente del orden público. Flores, ministro de Guerra, debe ir a pacificar el interior.

1853 (agosto). — Rumores de revolución determinan una nueva salida de Flores a campaña.

1853 (setiembre 4). — Giró se refugia en la Legación de Francia para escapar a nuevas asonadas. Flores al frente del gobierno.

1853 (octubre). — Levantamientos de Dionisio Coronel, Diego Lamas, Olid, Barbat y Moreno, sofocados por Flores un mes después.

1855 (agosto). — José M. Muñoz y Lorenzo Batlle encabezan movimiento cívico. Flores debe salir de la capital. Luis Lamas en el gobierno.

1855 (setiembre). — Acuerdo Flores - Oribe. Entra Flores en Montevideo sin lucha.

1855 (noviembre). — Luego de apoderarse de la casa de gobierno, José M. Muñoz es derrotado y desterrado.

1856 (marzo). — Elegido Pereira presidente, se producen conatos de levantamiento. César Díaz es desterrado.

1856 (abril). — Luego de nueve días de sitio, es reducido un levantamiento de Azambuya y Barbat en Paysandú.

1857 (noviembre). — Reunión subversiva en el Teatro San Felipe es prohibida, desterrándose a varios de sus promotores.

1857 (diciembre). — Tentativa de sublevación en la Escuela de Artillería. Silveira, junto con Caballero, Pollo y Farías, se levanta al frente de 500 hombres.

1858 (enero). — Levantamiento presidido por César Díaz, quien invade cerca del Cerro con 70 hombres. Se le une Silveira. Un mes después, "la hecatombe de Quinteros".

1863 (abril 19). — Invade por Caracoles Venancio Flores con tres compañeros, iniciando la "Cruzada Libertadora", la que termina victoriosa en febrero de 1865. Cerca de mil muertos en total en ambos bandos.

1865 (marzo). — Intentos de levantamiento de Timoteo Aparicio y Palomeque.

1867 (julio). — Atentado de "la mina" contra la Casa de Gobierno. Proclama de Máximo Pérez contra presunta rebeldía de Gregorio Suárez.

1868 (febrero). — Invasión de Aparicio al frente de cien hombres; luego de atacar Salto debe desistir.

1868 (febrero). — Motín militar de los hijos de Venancio Flores. El Batallón Libertad se apodera del Cabildo. Flores vuelve de la Unión con seiscientos hombres. Destierro de los hijos de Flores.

1868 (febrero 15). — Conato frustrado del coronel Villasboas en Plaza Constitución.

1868 (febrero 19). — Levantamiento de Berro. Asesinato de Flores y de Berro. Quinientas muertes en pocos días en todo el país.

1868 (mayo). — Levantamiento de Máximo Pérez, sofocado sin lucha al cabo de un mes.

1868 (julio). — Tolosa se levanta contra el Jefe Político de Colonia, logrando su intento de cambiar de autoridades.

1868 (julio). — La Urbana de Paysandú asalta la Jefatura; huyen luego a la Argentina.

1868 (diciembre). — La Urbana de Salto ataca la Jefatura; huyen al día siguiente a la Argentina.

1869 (mayo). — Revolución de Caraballo: reúne 1.500 hombres, sometiéndose sin lucha un mes después. Conato simultáneo de Gregorio Suárez.

1869 (mayo). — Fuerzas de Santa Ana invaden e incendian cuartel en Tacuarembó; se producen varias bajas.

1869 (agosto). — Motín cuartelero en Paysandú, sofocado en el acto.

1870 (marzo). — Invasión de Aparicio. La revolución dura veinticinco meses. En el convenio de paz se conceden cuatro jefaturas a los blancos. Dos mil muertes en total en ambos bandos.

1874 (diciembre). — Invade Máximo Pérez con cuatrocientos hombres; huye a los quince días luego de ser sorprendido y batido en Duraznito.

1875 (enero 10). — Motín en Montevideo; se producen diez muertes.

1875 (enero 15). — Motín de Latorre, con ocupación pacífica del Fuerte y del Cabildo.

1875 (mayo). — Levantamiento de Muniz, Llanes y Pampillón, disuelto al aproximarse fuerzas del gobierno.

1875 (julio). — Levantamiento de Muniz, Llanes, Puentes y Arrúe, sofocado a los cuatro meses luego de varios encuentros campales.

1876 (marzo). — Días después de un manifiesto de Latorre, Pedro Varela se refugia en la Legación de Francia.

1880 (abril). — Luego de abandonar el gobierno, Latorre se va a la frontera, desde donde amaga reconquistar el poder.

1880 (marzo). —Invasión de Frenedoso frustrada por la policía; muere el jefe invasor.

1881 (enero). — Simón Martínez invade con treinta hombres, siendo disueltos a los pocos días luego de un encuentro en el que sufren tres bajas.

1881 Invasión de Nico Coronel con divisa verde; son disueltos por la policía de Tacuarembó.

1882 (junio). — Máximo Pérez invade con cien hombres; muere al mes al ser alcanzado cerca de la frontera con el Brasil.

1883 (enero). — Conato de sedición en el regimiento de artillería que termina con la prisión de los tenientes Castro y Pérez.

1884 (abril). — Ataque de Visillac a la jefatura de San José; poco después disuelve sus fuerzas, en tanto es frustrado un intento de invasión de Salvañach.

1884 (diciembre). —Las autoridades de Entre Ríos obligan a disolverse a las fuerzas que organizaban Lallera y Mena.

1885 (febrero). — Levantamiento de Pampillón, Trías y otros jefes, siendo disueltos al no producirse la invasión desde la Argentina.

1885 (marzo). — Invasión de Lallera y Mena con divisa blanca, siendo atacados y disueltos al poco tiempo.

1885 (julio). — Conato de invasión por Salto.

1886 (marzo). — Invasión de Arredondo al frente de 1.500 hombres, siendo derrotados en Quebracho a los tres días; doscientos muertos.

1891 (octubre). — Conato de motín militar frustrado al nacer; lo dirigían Duvimioso Terra y Latorre.

1896 (noviembre). — Primer levantamiento de Aparicio Saravia, con 800 hombres. Luego de un encuentro sin importancia, sus fuerzas se disuelven.

1897 (marzo). — Vuelve a levantarse Saravia. La revolución, que dura seis meses y provocó sangrientas batallas, termina con el Pacto de la Cruz.

1898 (febrero 10). — Golpe de estado de Cuestas, disolviendo las Cámaras.

1898 (julio 4). — Motín militar en Montevideo encabezado por Ricardo Esteban. Luego de un cañoneo de ocho horas, los sublevados se sometieron.

1898 (octubre). — Invasión del comandante Calleros con cincuenta hombres, desbaratada de inmediato.

1898 (diciembre). — Sublevación en Melo del regimiento de caballería, sofocada el mismo día.

1899 (febrero). — Desembarco en Colonia del Coronel Zenón de Tezanos con cien hombres, quienes se rinden una semana después sin lucha.

1903 (diciembre). — El intendente de Santa Ana, afecto a Saravia, ataca la jefatura de Rivera a cañonazos, rescata un preso, y huye luego de causar varias bajas.

1903 (marzo). — Saravia se levanta y reúne doce mil hombres, acordándose una semana después la paz, sin haberse llegado a combatir.

1904 (enero 1º). — Nuevo levantamiento de Aparicio Saravia. Luego de numerosas y cruentas batallas, el caudillo muere en Masoller, y en setiembre se firma la paz de Aceguá.

1910 (enero). — Movimiento revolucionario encabezado por Carmelo Cabrera, extinguido a los dos meses sin lucha.

1910 (octubre). — Levantamiento de Basilio Muñoz. Al poco tiempo del encuentro de Nico Pérez, disuelve sus fuerzas.

HISTORIA ILUSTRADA DE LA CIVILIZACION URUGUAYA

Enciclopedia

Tomo II

* 11. Los porteños. - José María Traibel.
* 12. Artigas: la conciencia cívica. - Aurora Capillas de Castellanos.
* 13. Las montoneras y sus caudillos. - Julio C. Rodríguez.
* 14. Los patricios. - José Claudio Williman (h.).
* 15. La guerra de los imperios. - Gustavo Beyhaut.
* 16. La Independencia y el Estado oriental. - Alfredo Traversoni.
* 17. Divisas y partidos. - Oscar H. Bruschera.
* 18. Civilización y barbarie. - Hugo Licandro.
* 19. Las guerras civiles. - Washington Lockhart.
20. El mundo romántico. - Angel Rama.

Cuaderno

Tomo II

11. Buenos Aires antes. - José A. Wilde.
12. Artigas: El juicio de la historia. - Antología de testimonios.
13. El pueblo en armas. - Paz, Iriarte, Dorrego.
14. Crónica de un hogar montevideano. - Julio Lerena Juanicó.
15. Batallas contra imperios. - Eduardo Acevedo Díaz.
16. ¿Independencia, anexión, integración? - Juan C. Gómez, Francisco Bauzá.
17. La guerra civil y los partidos. - Carlos María Ramírez.
18. Montevideo o la Nueva Troya. - Alejandro Dumas.
19. La revolución de las lanzas. - Abdón Arózteguy.
20. Rimas y leyendas. - Berro, Magariños Cervantes y otros.

Tomo I

* I. La historia política.
* II. 180 años de literatura.
* III. La evolución económica.
* 1. El mundo indígena.
* 2. Las tierras del sin fin.
* 3. La España de la conquista.
* 4. Conquistadores y colonizadores.
* 5. La conquista espiritual.
* 6. Portugos y brasileños.
* 7. El gaucho.
* 8. El mostrador montevideano.
* 9. Amos y esclavos.
* 10. La vida cotidiana en 1800.

Tomo III

21. Principistas y doctores.
22. Latorre y el Estado uruguayo.
23. Varela: la conciencia cultural.
24. La estancia alambrada.
25. Ingleses, ferrocarriles y frigoríficos.
26. Masones y liberales.
27. Los retratistas del país.
28. Los gringos.
29. Los grandes negocios.
30. La belle époque.

Tomo IV

31. La cultura del 900.
32. Saravia: el fin de las guerras civiles.
33. Obreros y anarquistas.
34. Batlle: la conciencia social.
35. Estatización y burocracia.
36. El ascenso de las clases medias.
37. Sufragistas y poetisas.
38. La vida musical.
39. La Iglesia.
40. La democracia política.

Tomo V

41. Los años locos.
42. El tango.
43. Las vanguardias literarias.
44. Los pensadores.
45. La quiebra del modelo.
46. El arte nuevo.
47. La garra celeste.
48. Urbanización e industrialización.
49. La Universidad.
50. Herrera: el nacionalismo agrario.

Tomo VI

51. La conciencia crítica.
52. El sindicalismo.
53. Crisis económica.
54. Nuestro legado espiritual.
55. El mensaje de los jóvenes.

* Números ya publicados

1 enciclopedia + 1 cuaderno $ 85

ENCICLOPEDIA



URUGUAYA

Publicación semanal de Editores Reunidos y Editorial Arca, del Uruguay. Redacción y Administración: Cerro Largo 949, Montevideo, Tel. 8 03 18. Plan y dirección general: Angel Rama. Director ejecutivo: Luis Carlos Benvenuto. Administrador: Julio Bayce. Asesor historiográfico: Julio C. Rodríguez. Dirección artística: Nicolás Loureiro y Jorge Carrozzino -artegraf. Fotógrafo: Julio Navarro. Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo, amparado en el art. 79 de la ley 13.349 (Comisión del Papel). Octubre 1968.